

Los dolores de Buhofucio

**EVEREST LANDA/
BENJAMÍN GARCÍA**

Por la mañana, entre semana, don Búhofucio camina de su casa hasta la fuente-glorieta por veredas cual casa de minotauro. Luego de la fuente, el camino a la universidad es una recta como cortada de cuchillo en jamón. A su tradicional paso contemplativo, que no lento, llegó hasta la puerta principal.

Robertino el armadillo, dando enroscadas volteretas arribó al lado de don Búhofucio y sonrieron. El emplumado profesor sacudió el caparazón de su alumno. Se saludaron cordialmente y Robertino contó el último altercado que tuvieron sus compañeros y él por asuntos relacionados con tareas escolares. Encarnizada fue la lucha, pues un compañero había

hecho lo menos posible para lograr la tarea, había faltado a reuniones de trabajo, había vistose incumplido, etcétera, etcétera, etcétera. La discusión era por si merecía la misma calificación que los demás (que también habían delegado la responsabilidad de la calidad del trabajo a uno de ellos) o lo denunciaban con el profesor.

Búhofucio quedó en silencio, volteó la cabeza en ciento ochenta grados hacia atrás y después de regresarla, preguntó al joven armadillo:

-¿Quieres que yo te diga qué hacer?

-Pus un concejín no me caería mal.

-Lo mejor sería hacerla de Poncio Pilatos, pero no. Tampoco de juez ciego. Te pregunto, Robertino, ¿son amigos, tú y los demás del equipo?

-Pus así como que amigos amigos... no.

-Allí empiezan los problemas que terminan en cuitas: pocos son amigos entre ustedes, menos lo son con sus profe-



sores; esta universidad como otras tantas parece el gran territorio de la Romulina en sus peores épocas, una selva mortal, un juzgado del sur. Las relaciones por encimita, esperando que el otro se descuide y ¡zaz! el zarpazo, la garra, mordida rabiosa.

–¿Qué pachó?

Sin descuidarse en la interrupción de su alumno Búhofucio continuó autista:

–La mayoría no tienen compromiso ni con los demás ni con sus profesores ni con sus tareas ni con su institución ni con su bosque ni consigo. Responden a la conveniencia, les encanta el divertimento vacío, la fuga insípida. Cuitas en mi corazón, boleros que me agarran las patas y las alas como resina.

–Uy, disculpe mairo, yo nomás buscaba una ayuda, pero... luego platicamos con más calma; es que no llego a una clase bastante mala, pero hay que ir.

–Anda, Robertino, duérmete y anda.

Don Búhofucio entró a su clase tratando de ocultar su pesar, limpió sus lentes varias veces pensando que eran los culpables de su distorsionada visión; después de repetidos intentos, descubrió que era su tristeza la que le descomponía los ojos volviendo las imágenes como tras vitrales opacos.

Los lunes don Búhofucio imparte sus clases matutinas. Enseña a los universitarios la historia de la construcción de El Jardín Walden y la manera en que fue poblado por los animales e insectos primitivos. Les narra las épicas batallas de las hormigas gigantes contra los escarabajos peloteros. Fiel a su heterodoxia, se detiene en los pormenores sangrientos, así impacta a los escolapios y atrae su atención, acto seguido les da severa estocada con las conclusiones de Salmón Tse acerca de la guerra.

Por las tardes, luego de zamparse una botella de vino, dos cafés y de fumar tres hojas de naranjo, va a la fuente, coloca una sábila y reposa.

–Don Búhofucio –lo saluda el cegatón Murcio, el murciélago–, hasta mi radar han llegado unos sollozos. Le conozco de hace años, no trate de engañarme, ¿por qué está triste?

–Me ha atrapado –responde el noble Búho– amigo Murcio. Es bueno hablar, mire, con perdón de la expresión, un día como hoy murió mi madre...

–Cuanto lo siento. La muerte es algo terrible.

–Se equivoca usted, Murcio, la muerte nada de terrible

comporta, de existir dios, no contaría con mayor genialidad que el invento de la muerte. El problema, en verdad que se lo digo, es la vida.

–Pues vaya que la vida es un problema, pero no le entiendo.

–Mi madre fue una mujer valiente, alegre, dicharachera, tan inculta como sabia; mas en el fondo de sí anidaba la amargura. Llevó una vida en extremo difícil, siempre en la penuria, al grado de que durante mucho tiempo nuestra manutención se logró mediante limosna. El amor también la trató mal, no hubo hombre que no le pagara con abrazos de navajas afiladas.

–¿Qué triste?

–No amigo Murcio, no, lo más triste es que su primogénito le salió bohemio, bohemio hasta la médula. Verá usted: nunca contamos con una casa propia, así pues, anduvimos siempre como el judío errante, nunca gozamos de un hogar propio y mi madre pasó su vida rentando, lo cual no es una situación feliz a causa de los caseros conspicuos, los vecinos arrasantemente intolerables y los chismes vacuos, que no inocuos. Por supuesto, mi sueldo de profesor y mi desapego a la riqueza material, no me permitieron contar con un hogar antes de que ella muriera. En estas fechas siempre recuerdo su dura vida, ¿su muerte?, pues no es sino un instante, pero como todo trámite, una vez cumplido se olvida.

–Ahora veo amigo Búhofucio.

–No le creo don Murcio, y si de bromas se trata, eso me heredó mi madre, las ganas de reír hasta cuando el corazón no es sino un limón batiente a punto de secarse.

–Ahora le entiendo, la vida es el problema.

–Siempre lo ha sido don Murcio, pero muy pocos comprenden eso y se afanan en la muerte y, créame, no hay peor muerte que la que no se vive.

La noche cae apacible y don Búhofucio y don Murcio se van caminando por el bosque, muy concientes de que lo único que ofrece la vida es vivirla. Las cigarras inundan con sus luces los recovecos y algunos niños blanden sus sonrisas prometedoras. Al pasar por una casa, don búhofucio sonríe y le dice al Murciélago: “Mas no todo es tristeza don Murcio, mi madre me enseñó algo de niño”. Toca el timbre de la casa muy fuerte y se echa a correr, dejando al pobre Murcio sorprendido. Desde el aire le grita el búho: “Adiós amigo mío. No lo olvide, el problema es la vida”. 🦉